

Rubén Sánchez Muñoz, *Introducción al personalismo de Edith Stein*,
Ciudad de México, Universidad Pontificia de México, 2016

CHRISTIAN GOERITZ ÁLVAREZ
Universidad Veracruzana

El personalismo, corriente filosófica surgida en el siglo XX es, a pesar de su reciente creación y difusión, una de las escuelas de pensamiento con una trayectoria más rutilante. La interacción de la misma con otras tradiciones decisivas en el panorama de debate tanto tradicional como contemporáneo es una clara muestra de ello; no escatiman los autores relevantes del personalismo al entrar en diálogo con pensadores de la talla de Aristóteles, Agustín, Tomás, Pascal o Kant, por mencionar algunas de las grandes figuras del pensamiento que se han visto confrontadas al plantearles hermenéuticamente la pregunta radical por la concreción humana.

Es el libro del investigador Rubén Sánchez Muñoz, entre otras cosas, una “introducción al personalismo” a partir de un autor concreto: Edith Stein. Decimos con el prologuista del tomo, Eduardo González Di Pietro, “entre otras cosas” porque también se halla en éste una propuesta de lectura y exégesis del pensamiento de un clásico contemporáneo de la filosofía, pero es la búsqueda de mostrar vínculos y diálogos a lo largo del desarrollo intelectual de Stein entre la fenomenología, escuela en la que se formó la pensadora de Breslau, el tomismo al que se adhirió como prenda teórica de su propia conversión personal al catolicismo, y sus propias reflexiones en torno a la constitución personal, en fin, de un pensamiento que nos plantea un retorno a la pregunta por la condición del hombre concreto, encarnado e íntimo, el mismo que el siglo XX, con sus totalitarismos políticos, trató de socavar. El personalismo es la postura

que, entre otras, adoptó Stein para atender dicha urgencia en su realidad, convirtiéndose la persona en tema central de su filosofía. (pp. 9-11)

La investigación está dividida en cuatro capítulos, cada uno con fuentes teóricas privilegiadas, que permiten acercarse puntualmente al comentario de cierta temática a partir de una obra steiniana concreta. Se trata de un estudio respecto a los diversos posicionamientos intelectuales en torno a la persona humana recorriendo el itinerario intelectual de la filósofa alemana, por lo que la lectura completa permite no sólo la introducción al tema del personalismo, sino una introducción a la evolución de las facetas del pensamiento de Stein, extrayendo de ahí, en los dos últimos capítulos, consecuencias de carácter teórico-práctico.

El primer capítulo es un recorrido desde el punto de vista fenomenológico a partir de las investigaciones tempranas de Stein, con particular atención a su tesis doctoral *Sobre el problema de la empatía*. Dicho escrito, nos deja ver el autor, es mucho más que una formalidad académica, pues tiene la ventaja de contener *in nuce* todos los elementos que en obras tardías se irán profundizando y matizando, pero que ya estaban presentes como motivos y puntos de reflexión en la autora, por lo que a pesar de su giro tardío, Stein mantiene una unidad temática y nunca llega a una total ruptura con el método de Husserl. En este capítulo se desglosa lo que en su tesis la filósofa denomina “individuo psicofísico”, para ello, da cuenta el autor de la división de estratos que Stein reconoce en su obra: por un lado, el cuerpo como cuerpo material percibido, por otro, el cuerpo vivido como mío, es decir, el cuerpo que yo percibo como propio y percipiente, la psique y el espíritu (p. 25). A continuación aclara Sánchez la dimensión que podríamos llamar “interna” del individuo psicofísico, donde se da la vinculación entre alma, persona y espíritu. El análisis se profundizará en otro momento, pues en esta obra las divisiones no están aún esclarecidas del todo. Lo decisivo aquí es el mostrar que, ya para estas fechas, el alma no era reductible ni al flujo de conciencia, ni a la psique ni al yo, sino mentaba algo más profundo y complejo, una ipseidad distintiva, que radicalizaba el estatuto individual en el espíritu

de la *haecceitas* escotista (pp. 39-40). Esta función del alma como sede de la totalidad del mundo interior, no sólo como conciencia, sino cercana a los afectos en sentido emocional y sentimental es la que permite vincularla con el aspecto personal, aquí, ser persona se puede entender como característica del alma, como la “personalidad” distintiva nuclear (p. 44), tipicidad única que en cada caso tenemos todos y cada uno de los seres humanos en la medida en que nos plenifiquemos como tales, en tanto nos “personalicemos”¹ a partir de nuestros actos, voliciones y desarrollo (pp. 46-47).

El segundo capítulo es el estudio de la profundización y evolución conceptual de la propia Stein respecto a estas mismas temáticas y unidades de comprensión. Ya influida por la filosofía tomista, la autora se resiste a abandonar a Husserl; lo que busca es una coexistencia entre lo aprendido por él y lo descubierto en Tomás. Dicho intento queda de manifiesto por primera vez en el bello opúsculo *¿Qué es filosofía?*, donde se plantea una discusión imaginaria entre ambos titanes del pensamiento (pp. 57-58).

Es con este nuevo enfoque que regresamos al tema de la corporalidad, el cuerpo aquí ya es entendido no sólo como punto de mira senso-perceptual, sino que, además de ello, es algo que está íntimamente ligado como constitutivo del hombre, no distinguido ya como percibido como propio, sino como plenamente imbricado al alma, nosotros nos vivenciamos *en* nuestro cuerpo (p. 62), pues éste, que ya era fuente de sensibilidad primaria, se convierte también con ello en la dimensión material de la vitalidad ejercida inmanentemente. De nuevo recuperando la tradición aristotélico-tomista, con su implícito vitalismo, reconoce la autoconfiguración del cuerpo y su desarrollo a partir de su constitución anímica, esta fuerza vital teleológica que se despliega en el cuerpo es lo que da pie a entender que la parte interna de ese despliegue es algo íntimo, radical-

¹ Es interesante notar que en la jerga cotidiana aún se le llama “personalizar” a imputar rasgos típicos propios a ciertas posesiones para hacerlas individualmente distinguibles de otras de la misma clase.

mente individual, en la que se ve que la persona es única e irrepetible (pp. 67-68).

Sánchez continúa su análisis al mostrar que la dimensión profunda del constitutivo hilemórfico humano es el alma, es decir, su forma, pero no sólo debemos entender al alma en sentido de constitutivo esencial y esenciante de un cuerpo, sino también como dimensión, sino que hay una dimensión en la que el alma es base y núcleo de toda la vida interior humana, en la que ésta puede realizarse (p. 72). No se trata de dos almas, sino que es una función que descubrimos en la estratificación anímica de los vivientes y de las funciones del hombre en particular (p. 75); a partir de ahí, podemos empezar a evaluar estratos del alma en sentido de sede de la identidad personal, y de cómo ésta tiene una sede real en el alma, algo que la fenomenología trascendental no podría hallar sin el auxilio del tomismo. El análisis avanza mostrando la dimensión más profunda en la que se deja notar la unión entre ambas tradiciones de las que participó la filósofa de Breslau: se trata de la relación entre el alma y el tiempo.

El tercer capítulo, el más largo en la obra, se trata de la articulación de la propuesta de una antropología personalista en Stein. Se trata de una articulación y profundización en la dinámica estructura que se rastreó en la filósofa. Sánchez realiza un puntual análisis del modo de fundamentación en que la categoría fenomenológica del yo debe hallar su fundamento en el alma para su estructuración en el sentido personal, estos elementos, recordemos, son categorías de la tradición clásica. Es decir, ¿cómo podemos acceder del yo como flujo de vivencias a la persona? El autor argumenta que la noción de “Selbst”, el sí mismo reflexivo, es el punto de unión. El yo, reflexionando, descubre su vida con una base íntima, donde hay algo más que pura conciencia, esta intimidad es el sí mismo, que permite un enlace entre el yo y la persona plena y espiritualmente completa, obviando así problemas como el de la antropología de Scheler, quien no encuentra vínculo de unión entre yo y persona (pp. 89-90). El sí mismo es la versión steiniana descubierta de la dimensión clásica de

ethos, es decir, modo de ser propio de la plenificación teórico-práctica del hombre que para existir debe constantemente ejercerse, actualizarse en nosotros mismos, pero también en nuestra comunidad y nuestras dimensiones espirituales y cuya finalidad es su propia perfección (pp. 97-98). De este modo, se puede introducir una construcción cabal de la persona, que es plenificación de lo antes dicho. La personalidad, así, no está sólo en el alma y sólo en el cuerpo, sino que este mi cuerpo y esta mi alma se plenifican personalmente en sus actos. Al igual que en la filosofía de Scheler, cuando se trata de persona se trata de estar siendo, esto es, actuar (pp. 107-109). Pero más aún, es este estado personal el que permite una revaloración de la más radical inmanencia, de nuestro núcleo oscuro, por su profundidad, que la autora nombra “alma del alma”, y de la máxima exterioridad, la exterioridad espiritual tanto del desarrollo de la cultura en el actuar libre y racional, como la trascendencia espiritual y personal que llamamos Dios. Porque es persona, podemos entrar en una relación con Él en la que no puede entrar ninguna otra creatura (pp. 111-113). En ese núcleo es donde descubrimos esa exterioridad. Máxima interioridad y máxima trascendencia están unidas en íntima relación, como ya sabían los grandes místicos, a los que Stein estará particularmente vinculada en su última etapa de pensamiento.

Ahondando en esta caracterización de la persona como dimensión integradora de la intimidad y trascendencia del hombre a partir de su alma espiritual, Sánchez se dedica a profundizar en dos aspectos que conlleva el alma como ocasión de la perfección personal: su individualidad radical, que ha venido anunciando en la exégesis precedente, y su dimensión afectivo-sentimental. El apartado dedicado al primer tema resalta que la preocupación de Stein tiene que ver con su recuperación crítica del tomismo. Según Tomás, el hombre es una especie de la que son meros ejemplares todos, idénticos en esencia pero distintos en número, número establecido por la individuación material. Stein, incorporando no sólo la fenomenología, sino también asumiendo, a partir de sus lecturas místicas, la infabilidad cabal de esa dimensión, no se conforma con

dicha individuación, porque no es capaz de explicar la individualidad personal, que parece ser una división no externa a la propia configuración del hombre, sino interna (p. 115), llegando así a equiparar el alma espiritual con la personalidad angélica, a la que Tomás le otorgaba una individuación autosuficiente. El espíritu puro es persona individual, incommunicable y totalmente propia; Sánchez enfatiza enérgicamente que la discípula de Husserl descubre que, fenomenológicamente, el hombre se vivencia de un modo análogo (pp. 118-120). Es introducida aquí la categoría, muy pascaliana y scheleriana, de “corazón”, sede de fenómenos que la razón puede analizar, pero no testimoniar vivamente (p. 127).

El último capítulo del estudio de Sánchez es un acercamiento a un fenómeno que le preocupaba incluso de modo existencial y personal a la propia Stein, pero que tiene resonancias en nuestro presente de exacerbado laicismo, se trata de la realidad del ateísmo y cómo una antropología personalista como la steiniana lo asume como un reto a comprender y superar. Se trata de una visión extraída de las dos últimas obras de la pensadora: el ya mencionado *Ser finito y ser eterno*, pero también de *La ciencia de la Cruz*. Argumenta el texto de Sánchez que la dimensión personal de la antropología la convierte en una propuesta preocupada por la dimensión moral y de la respuesta al sentido existencial del hombre concreto respecto de su vida y su papel en el mundo y la comunidad. Se trata, pues, de una antropología práctica, no en el sentido kantiano, sino en un sentido plenamente ético. La antropología en tanto personalista busca no sólo decir lo que es la persona, sino propiciar su desarrollo (pp. 132-133). Esta experiencia ética es la única respuesta fiable al ateísmo.

Continúa Sánchez el análisis de la experiencia religiosa en las diversas etapas en el pensamiento de Stein. La experiencia de Dios en Tomás sí se presenta como bastante argumentada y racional, pues la teología es para él saber científico y doctrina sagrada a la vez; pero la ahora religiosa carmelita, al intentar la fusión, introduce la dimensión del yo como percepción temporal para introducir la posibilidad de una experiencia analógica: no exclusivamente un argumento causal, sino a partir de una

evidencia inmediata de mi yo como temporalidad (p. 147), que permite, contrastando a la finitud, vislumbrar la eternidad. Es justamente la eternidad el rasgo que Stein usará para explicitar lo implicado en la experiencia del ser puro, de la divinidad, siempre viviente, siempre actual, perfecto e inmutable (pp. 148-150).

La última y más profunda experiencia de Dios y de la persona no sólo es la asunción de la profundidad e incomprensión cabal de la intimidad humana y divina. Esto se logra sólo por la fe, y particularmente por las experiencias de los grandes hombres de fe que referimos como místicas. Ni la fe ni la mística son filosofía, como nos recuerda Sánchez, pero la verdad buscada por ésta es la reverenciada por aquéllas. Por ellas, el bien es conocido y, mejor aún, practicado; la acción buena es perfecta porque Dios quiere y es el bien, porque, como dice la Escritura, después del acto agraciado de la Creación, vio que era buena (Gén. 1, 31) Así la antropología personalista steiniana se presenta en toda su plenitud no sólo como teoría de la persona y de sus actos y modos íntimos de ser, sino como preámbulo a una reflexión cultural, a una religiosidad y a una ética de inestimable valor para nuestro presente.

